

Sigfrido Radaelli

CRÓNICA DE UN DÍA

Para Antonio Di Benedetto

El hecho —si así puede llamarse- sucedió hace
unos días.
Apenas me desperté abrí el diario,
fui leyendo títulos,
algunas noticias.
No quise leer más.
Sentí un escozor, algo como un extraño desánimo:
era todo tan triste, tan sin esperanza.
Entretanto el sol entraba con toda su alegría por la
ventana abierta
y mi gato, inocente, ronroneaba feliz.
Hice lo que nunca: puse la radio,
escuché primero voces deshilvanadas, una frase
musical,
en seguida una voz enérgica, una alarma,
algo terrible.
No seguí oyendo. Al cabo de un rato,
distráido,
prendí el televisor:
en ese preciso instante, cuándo no, una aburrida
tanda comercial
sin gracia, sin imaginación.
¿Para qué está el dial?. Lo moví
y en la pantalla apareció un cuadro tétrico,
información de último momento:
una voz triunfante pregonaba el desastre que acababa
de ocurrir.

Por favor, que nadie piense que todo era coincidencia:
era simplemente la siniestra crónica del día.
El día ya estaba por terminar.
Fui apagando las luces.
En el suelo, cerca de la puerta,
distinguí un cuadradito blanco. Lo levanté,

miré el nombre del remitente.
Algo como una inmensa serenidad
me invadió. era por fin mi amigo.
Existía y me escribía a mí.
Lo que decía era bien poco:
todavía estoy aquí, y aún no sé por qué estoy aquí;
nada absolutamente hice para merecer este infierno,
este apartamiento cruel, esta humillación.
Dejé la carta sobre la mesa. Me senté; no sé el tiempo
que pasó después.
Estuve haciéndome preguntas y más preguntas.
De pronto, un ruido brutal.
Estaba acorralado, herido.
Rostros amenazantes me miraban.
El aire se enrareció. Una espesa niebla comenzó a
crecer rápidamente.
Supe entonces que del lado donde yo estaba
estaban otros, estaban centenares, miles de rostros
que mostraban la misma perplejidad y el mismo
pánico.
Un violento temblor nos derribó a todos y derribó
techos y paredes.
El suelo se abría en grietas enormes y nos hundíamos
en su vértigo.
Arriba, abajo, ruidos horribles de cadenas, campanas,
látigos, cerrojos.
Quedé paralizado.
Después un silencio largo, profundo, ominoso,
un absoluto silencio.

En algún momento me dormí.
En algún momento desperté.
Por la ventana abierta entraban rumores
y hasta mi piel llegaba algo semejante al frescor
del rocío.
Oí el vuelo sigiloso de un ave.
Las sombras se apartaban.
Mi pecho se ensanchó al fin. Un resplandor iba
creciendo
lento, despacio.
Amanecía.

CUANDO UN DIOS NOS HABITA

Cada uno recibió la prodigiosa visita de Baco.

Adolfo Bioy Casares

Es absolutamente inútil fingir
o en verdad ignorar lo que sucede a veces.
Es inútil ocultar el odio,
el odio firme, auténtico.
Es inútil ocultar el miedo,
los terrores sin lógica, la frenética ansiedad sin sentido.

Es inútil ocultar el coraje,
la llamarada del impulso limpio, irresistible.
Es inútil ocultar el amor,
el amor que brota de la raíz, que se expande, que
triunfa.
Y es inútil ocultar la envidia,
y la ambición, y la codicia, y la crueldad, y la gula,
y el casto deseo de andar porque sí
y de arrancar una flor,
y la necesidad irrefrenable de destruir, y de matar.

En el momento exacto en que suena no sé dónde
una música,
un acorde que exige perentoriamente otro acorde,
suerte de acompañamiento o de réplica,
sentimos ese movimiento que nos impele de modo
inevitable
a la traición o al coraje,
al odio, o al amor, o a la inocencia.
Y es imposible no escuchar esa música ardiente,
y es inútil olvidarla o distraerse
porque, sencillamente, es el instante en que un dios
nos habita.
o, ya no existe.